

¿Quién hubiera pensado que fuese posible? Nadie, lo que se dice nadie, y yo menos que cualquier otra persona; sin embargo, lo que se reflejaba ante mí en el espejo era precisamente el dibujo de mis ojos, eran mis cabellos hirsutos y rojizos, mis mejillas salpicadas de pecas. En otras palabras, era yo mismo, en carne y hueso, en fin, y me hallaba encerrado en el lavabo de un vagón.

Allí estaba, en precario equilibrio sobre una ciénaga de celulosa y desechos orgánicos, desde el momento en que el tren, como una gran lagartija de dorso opaco y flancos bruñidos, había asomado el morro fuera de la marquesina y había emprendido su viaje a través de una campiña abrasada y llana. Allí estaba, y, desde aquel momento, había estado todo el tiempo de pie ante el lavamanos, pellizcándome apenas, de vez en cuando, una pierna o una mejilla para asegurarme de que realmente estaba encerrado en esa letrina y no todavía entre las tibias mantas de mi cama.

De hecho, mi presencia en aquel extraño lugar no se debía a ninguna turbia manía o estreñimiento de alguna sinuosidad de las vísceras más bajas, sino tan sólo al hecho de que tenía tras de mí a toda la policía, desatada sobre mis huellas. Estaba huyendo, por lo tanto, y eso era lo increíble de toda la historia, lo que por primera vez me dejaba incrédulo y perplejo ante mi propia imagen reflejada en el espejo.

Tenía aquella sensación no porque fuese un individuo arrogante e impávido, uno de esos que con sólo chasquear los dedos son capaces de invertir el curso de las órbitas celestes, ni tampoco porque arraigase en mí el más mínimo sentido del honor. No, me sentía incrédulo porque desde el momento mismo de mi nacimiento había decidido que mi existencia tenía que ser tranquila, verdaderamente tranquila. Por consiguiente, a lo largo de quince años siempre me había movido entre las personas y los objetos con gestos cuidados y cautelosos, sin haber dado un paso en falso jamás.

En realidad, si he de ser honrado, no me había movido así desde el primer momento: en el primer momento había abierto de par

en par los ojos para darme cuenta de adónde había ido a parar, qué era lo que ocurría a mi alrededor, y, justamente mientras recorría con mirada curiosa la habitación, se había producido un hecho desagradable, desagradabilísimo... En fin: de mi garganta escapó un alarido salvaje.

No sé por qué había lanzado aquel grito: no lo sé, pero sé con toda certeza que, mientras estaba así, con la boca muy abierta, un estremecimiento había empezado a recorrerme todo el cuerpo, y, en seguida o casi en seguida, me había dado cuenta de que no se trataba de frío, sino de vergüenza, de avergonzado horror, porque, tras nueve meses de vida quieta y silente, de pronto y sin razón alguna me había comportado de una manera indigna, agitándome y chillando como un cerdo al que sus verdugos persiguen por la era.

Pues bien: era precisamente el hecho de no haberlo decidido yo lo que me causaba una sensación de insoportable vergüenza, lo que me avergonzaba hasta tal extremo que, en un minuto o acaso menos, además de temblar me había vuelto de un color rojo purpúreo, como una berenjena madura. De todas maneras, a fuerza de razonar, casi inmediatamente había

comprendido lo absurdo de esa situación, y, apretándome las sienes con los puños, había empezado a preguntarme cuál podía haber sido el motivo de aquel alarido repentino y poco agradable.

Ante todo, me había preguntado si por casualidad me dolía la barriga o alguna de mis extremidades, y, tras haberme contestado que, salvo la turbación, me sentía magníficamente, me pregunté si por azar nacerían de esa manera también las mofetas y las ardillas, si las tortugas y cocodrilos se desgañitaban así tras perforar el cascarón, o si los renacuajos, al liberarse de su huevo membranoso, se internaban como flechas por las aguas de los ríos croando a más no poder.

Y mientras iba percatándome de que ninguna otra criatura venía al mundo de manera tan poco digna y que, por lo tanto, aquel desacompasado estrépito era una vergüenza mía y solamente mía, repentinamente el mundo se puso patas arriba y las mucosidades bajaron de mi nariz a mis ojos: me había vuelto ciego o casi ciego, y, una vez más, tensando conjuntamente la campanilla y el velo palatino, me puse nuevamente a chillar como un cerdo.

Después, sostenido por los tobillos como el fruto de una incruenta matanza, mientras pendía en medio de la sala, había oído que a mis gritos se superponían unas risas cristalinas, y, entre los filamentos de moco, había entrevisto a tres o cuatro personas que batían las palmas mirándose unas a otras y sonriendo.

No sé por qué motivo se comportaban de esa manera, tal vez creyesen estar junto al escenario al concluir un espectáculo o quizás en el cine durante la proyección de una película cómica: no lo sabía y tampoco me había importado enterarme, porque en ese preciso instante había sellado un pacto conmigo mismo. Había establecido que ése sería mi primer grito y también el último; que jamás en la vida llevaría a cabo gesto alguno desprovisto de razón, y también había establecido que si en el futuro no me quedase más remedio que caminar, lo haría siempre con pasos cautelosos y vigilantes; que si no me quedase más remedio que hablar, lo haría como en los pasillos de los hospitales y en los cementerios, es decir, musitando.

Todo esto lo había decidido ya en el tercer instante, lo había decidido en un segundo o menos aún, dado que ya tenía la certeza de

que la única manera de sustraerse a esa incomprendible batahola, en la que, mientras uno llora copiosamente sin siquiera saber por qué, los demás alegremente aplauden a su alrededor, sería la de llevar una existencia tranquila, lo que se dice tranquila.

En los años que siguieron a esa desagradable mañana había conseguido vivir sin apartarme jamás de lo establecido en mi pacto. Había podido hacerlo gracias a mi tozudez y gracias al hecho extraordinario de haberme quedado huérfano antes de aprender a reconocermé en cualquier rostro, y, en mi calidad de huérfano, me habían trasladado a una gran villa junto con mi abuela y su mamá, esto es, mi bisabuela.

Ya entonces las dos mujeres oían y veían poco: con el paso de los años se habían vuelto tan ciegas y tan sordas que, a menudo, al pasar yo por alguna habitación, convencidas de que se trataba de algún bicho que se había metido allí por error, batían palmas y gritaban con fuerza: «¡Fuera, fuera! ¡Hala, hala!» El hecho de existir apenas como un vago crujido o una sombra había sido una ayuda añadida para vivir todos esos años de la forma más acorde con mi ideal, es decir, con la panza al aire o boca abajo sobre el césped del jardín.

No me había costado el menor esfuerzo vivir de aquella manera, ni siquiera había tenido que poner gran empeño en adaptar el suelo a mi cuerpo, dado que, a partir del cuarto día, en el espacio incluido entre la glorieta y los tilos se había formado un molde de mi cuerpo tan perfecto que por las mañanas, recién despierto, sin siquiera abrir los ojos, conseguía recostarme en la fosa, acomodar el codo en el hueco del codo, la nuca en su depresión correspondiente, las caderas y los talones en sus respectivos nichos.

En general me quedaba allí tendido hasta que los borborismos que ascendían desde, aproximadamente, el baricentro de mi cuerpo me daban a entender que estaba a punto de llegar la hora del almuerzo o de la cena.

Entonces, con movimientos lentos y bien calibrados, salía de la fosa y culebreando entre bojes y pitosforos llegaba hasta la villa para alimentarme.

Durante esas jornadas de rutina las únicas variaciones las constituían el paso ocasional del jardinero o, acaso, en la estación más benigna, las voces monocordes y fuertes de las abuelas que, sentadas bajo la sombra de la glorieta, se leían una a otra las necrológicas.

Durante el verano, coincidiendo con la noche en que más estrellas fugaces caen del cielo, las abuelas tenían la costumbre de invitar al jardín a todas sus amigas sobrevivientes, y, alternando estallidos de voces fragorosas e interminables silencios, se quedaban agazapadas en la glorieta hasta que la luz del crepúsculo se diluía en la oscuridad profunda de la noche.

Precisamente durante una de esas recepciones, escuchando sus conversaciones tendido en la agradable frescura de mi hoyo, había llegado a enterarme de la historia íntegra de mi familia, y, por consiguiente, en cierto sentido, también de la mía, de mi propio destino.

La historia, a decir verdad, no era lo que se dice completa, porque empezaba apenas desde el marido de mi bisabuela. Había llegado a nuestra ciudad desde un país más oriental, junto con su hermano y dos maletas, cuando era poco más que un muchacho; pero en tanto que su hermano, llevándose una de las dos maletas repleta de lana cardada, había proseguido el viaje hacia el país donde todo es posible, esto es, hacia América, él, y con él la otra maleta repleta de ungüentos y jaboncillos, había decidido establecerse en esa pequeña ciudad junto al mar.



Allí, con una idea fija en la mente, había empezado a disolver los jabones de su dote, a mezclarlos con otros ingredientes y así, en poco tiempo había logrado descubrir un extraño líquido, una especie de cola o parafina que, aplicado a los cascos de las naves, permitía mantener a distancia las algas y los parásitos.

De aquellos jaboncillos disueltos había nacido en poco tiempo toda la fortuna de mi familia, y en poco tiempo se había expandido tanto que en menos de diez años no había casco náutico en el mundo que no hubiese sido pintado y repintado con esa extraña cola.

Después, sin embargo, tal como las plantas que al desarrollarse encuentran un terreno helado o demasiado ácido, así, de repente, también esa fortuna había empezado a encojarse sobre sí misma y a secarse.

Todo había ocurrido en el transcurso de una sola primavera. Efectivamente, esos barnices repelentes que durante tantos años habían alejado fielmente de los cascos a toda clase de diatomeas y rodofíceas, además de los moluscos, de pronto y por razones incomprensibles en vez de rechazarlos habían empezado a atraerlos.

Las primeras en sentirse atraídas por el mejunje repentinamente convertido en néctar habían sido las algas verdes y las lapas; después, a medida que corría la noticia por los fondos marinos, se habían añadido también los mejillones y las barbas de perro, las rémoras, los pequeños rapés, sargos y lubinas: en resumen, se habían sumado peces y gasterópodos en cardúmenes. Tantos se habían sumado que muy pronto, a causa de aquella carga ictínea bajo la línea de flotación, los barcos habían empezado a cabecear primero y después a no poder seguir el rumbo. No podían seguirlo porque esos centenares y centenares de peces anclados por sus boquitas al casco, agitando las aletas ventrales, las caudales, la cola misma, llevaban las embarcaciones hacia donde se les antojaba.

Así, los navíos que estaban recorriendo la ruta de los trópicos se encontraron involuntariamente en las proximidades de la Antártida, en tanto que los balleneros de Groenlandia, con todo su equipamiento de arpones y rompehielos, habían ido a parar al Caribe. Cuando, por un caso fortuito, el primer navío había llegado a puerto y lo habían metido en dique seco, lo que hasta ese momento había sido un miste-

rio se volvió claro como el agua de un lago de montaña: la causa de esas múltiples pérdidas de rumbo, efectivamente, era tan sólo aquel succulento barniz.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, todos los barcos que todavía surcaban los mares fueron remolcados a tierra y posteriormente a los astilleros, raspados y recubiertos por otro barniz. Con igual celeridad, naturalmente, mi familia se había encontrado de golpe en la calle.

De haber acabado allí la historia, hubiera sido sumamente triste. Pero en cambio, con más calma, en América, también el tío Isaac había logrado hacer fortuna utilizando sabiamente sus lanas; hasta tal punto había hecho fortuna que se había convertido en el soberano de un inmenso imperio de colchones y edredones, y, dado que carecía de familia y era hombre generoso, había empezado a ocuparse personalmente de los parientes que se habían quedado en Europa.

Y era también él, aunque ya decrepito, quien se ocupaba de mi mantenimiento y del de las abuelas, tal como supe esa noche, dado que, en mi condición de único sobrino nieto, mediante un protocolo especial me ha-

bía nombrado su heredero universal desde el momento mismo de mi nacimiento.

Así, durante esa noche en que llovían estrellas, había tenido la definitiva confirmación de que mi existencia sería como una senda recta del campo, iluminada por un sol reluciente, que recorrerla no sería más que un juego de niños.

Justamente durante los meses que siguieron a ese agradable descubrimiento, libre ya la mente de toda preocupación, mientras estaba tendido en el hoyo había empezado a percatarme de un hecho extraño, esto es, del hecho de que todas las cosas, desde las más leves hasta las más pesadas, como atraídas por el reclamo de una voz irresistible, caían desde lo alto hacia abajo.

Era un fenómeno al que hasta ese verano nunca había prestado particular atención: nunca me había interesado lo que se dice nada hasta que me di cuenta de que había dos clases de caída diferentes, es decir, un movimiento para los objetos apagados, que, siempre y comoquiera que fuese, tras un tiempo más o menos prolongado llegaban al suelo, y un movimiento para los objetos luminosos

como las estrellas, que caían y caían sin llegar nunca a ninguna parte.

Al principio, por supuesto, había pensado que se trataba sólo de una broma que me gastaban mis ojos, pero después, observando cómo se precipitaban desde la bóveda celeste noche tras noche, había comprendido que no se trataba de una ilusión óptica y que verdaderamente aquellas estrellas que parecían cabelleras en llamas caían y caían hasta disolverse en la nada.

Entonces se me había metido en la cabeza aquella preocupación: en otras palabras, me empecé a preguntar por qué razón, si existía una ley, no era igualmente válida para todos, y, para ver el asunto más claramente, me había dado a estudiar todo aquello que mediante un movimiento de caída desde los espacios más elevados llegaba hasta los más bajos.

Tendido en mi hoyo había empezado a seguir con la mirada el movimiento de las plumas, de las hojas, de las bellotas y del pedrusco del granizo, el movimiento de la lluvia y el movimiento, breve y violento, de los pollitos que salían prematuramente del nido: los había seguido a todos tomando nota de sus respectivos tiempos, recorridos, eventuales similitudes y diferencias.

Así, a medida que transcurrían los meses, también había llegado a una conclusión: la de que todas las cosas, con excepción de los astros, estaban devoradas por la ansiedad de llegar lo antes posible a lo que estaba debajo, más abajo, y que la causa de esa pertinaz voluntad no podía ser sino algo parecido a una filigrana de plomo entretejida en sus propios cuerpos.

Sobre la base de esta reflexión, a fin de descubrir si por casualidad había alguna posibilidad de infringir dicha ley, había empezado a merodear por el jardín durante las horas en que el aire era más fresco y terso, lanzando hacia arriba cuantos objetos se ponían a mi alcance. Arrojé puñados de tierra y piedras, arrojé hojas y ramas, mis zapatos uno tras otro, con entusiasmo, corriendo, saltando, hasta que tras un par de meses la monotonía de sus posteriores caídas empezó a aburrirme.

A esas alturas, convencido ya de que en caso de querer alcanzar la probabilidad de un resultado tendría que aplicarme a un solo tipo de lanzamiento, y lo más perfecto posible, decidí dedicarme a la jabalina. Los primeros vuelos habían sido infructuosos: sin esbozar siquiera una parábola, la jabalina se había alejado de mí en línea recta hasta

terminar su trayectoria como una serpiente, entre la hierba. Posteriormente, con obstinación, había perfeccionado la técnica estudiando los movimientos de cada músculo, la manera exacta con que los dedos tenían que abrirse para dispararla hacia lo lejos, hacia lo alto; todo eso había estudiado, así como la exacta secuencia de los pasos, de los saltos, el gesto brusco y repentino del hombro y del brazo.

Como consecuencia de esa ejercitación cotidiana, lentamente mi jabalina había empezado a modificar su trayectoria, que pasó de recta y a ras del suelo a trazar una curva parabólica: una curva tan alta que en más de una ocasión, observándola, llegué a estar casi seguro de que en vez de volver hacia abajo arrastrada por su peso, la jabalina volaría más allá, superando las nubes y desapareciendo después en dirección al sol y las estrellas.

Y con toda certeza, dado que faltaba poco o incluso muy poco, en breve conseguiría llevar a buen término el experimento, lograría quebrantar por lo menos una vez el vínculo de la filigrana de plomo; pero ocurrió que repentinamente, por motivos ajenos a mi voluntad, había tenido que interrumpir la serie de lanzamientos.

La causa de dicha interrupción tenía un nombre y un rostro. Se llamaba Oskar y era un instructor que se había instalado en la villa para completar mi educación.

Había llegado durante una tibia tarde de primavera justamente mientras yo estaba descansando en mi fosa, y, con los puños en la cintura, en jarras, erguido ante mí, había gritado con fuerza: «¿Qué es esto, muchacho mío, estamos holgazaneando?»

Al oír esas palabras, yo, convencido de que se trataba de algún recadero burlón en busca de gresca, simulé no haber oído nada y perezosamente me volví sobre el flanco opuesto, pero, en el preciso instante en que estaba por volver a conciliar el sueño, una granizada de tierra suelta y piedrecitas cayó sobre mi nuca.

Entonces yo había dado un respingo violento, como una víbora lista para morder. Sin embargo, antes de que pudiese injurarlo con una sola palabra, él, sonriendo con todos los dientes, tendió una mano diciendo: «Mucho gusto, soy Oskar, el nuevo educador.»

Dado que no compartía ese gusto ni mucho menos, no había contestado palabra y había vuelto a simular un sueño repentino y profundo.



Después, mientras los rumores circundantes se iban alejando de mí dulcemente como si embarcado en un navío me estuviese alejando de la costa mar adentro, había reflexionado sobre sus palabras convenciéndome de que tenía que tratarse de algún error mayúsculo: en otras palabras, ese hombre debía de haberse equivocado de portal o algo por el estilo.

En cambio, el equívoco era solamente mío: lo había sospechado ya durante la mañana siguiente al verlo caminar por el prado en dirección a mi fosa, departiendo amablemente con las abuelas, y había tenido la certeza total cuando, tras haberme llamado con fuerza para despertarme, en coro habían repetido la misma frase del día anterior.

En ese momento, para demostrar que ya era un chico educado, y bien educado, sin levantar el busto de la fosa había tendido un brazo hacia arriba y había dicho con entonación amable que el gusto era todo mío y que me llamaba Ruben. Habiendo escuchado mis palabras, las abuelas, con aire de satisfacción y tambaleándose sobre sus tacones, habían dado media vuelta y se habían dirigido a la villa y yo me había quedado allí solo, cara a cara con mi educador.

Tenía ojos grisáceos, saltones, acuosos y sus pestañas eran lampiñas. Tras haberlos contemplado durante un minuto, dado que no eran hermosos ni estaba ocurriendo nada que fuese interesante, me había vuelto boca abajo para seguir durmiendo.

Pero no había tenido ni el tiempo de llegar al umbral de un minúsculo sueño porque él, en seguida, con una presión leve (pero no demasiado) de sus zapatos sobre mis falanges, bruscamente me había obligado a abrir los ojos de nuevo.

Volví entonces a verlo otra vez, erguido sobre mí, con la mano tendida y la sonrisa con todos los dientes, y entonces, en parte pensando que el origen de esa nueva presentación debía basarse en una sordera congénita o algo parecido, había vuelto a levantar el brazo desde la fosa y con voz más potente había reiterado que me llamaba Ruben y... y, repentinamente, un movimiento telúrico me había lanzado fuera de la fosa.

Tan sólo cuando la sangre, adaptándose a la nueva condición, volvió a fluir serenamente desde la cabeza a los pies y viceversa, me di cuenta de que había sido precisamente Oskar quien me había sacado de la fosa, y que de allí, aferrándome por un brazo, me había

arrancado con la violencia con que se arrancan del suelo las cizañas y las malas hierbas.

Y efectivamente, mientras todavía estaba ante él aturdido y sucio de tierra, había capturado una de mis manos entre las suyas y estrechándola vigorosamente, meneándola arriba y abajo, había repetido de un tirón: «Mucho gusto, soy Oskar, el nuevo educador», para añadir luego inmediatamente que así era cómo se saludaban las personas civilizadas, de igual a igual, de pie.

A partir de ese preciso momento, en adelante, mi vida tranquila, lo que se dice tranquila, había empezado a desmenuzarse como un bizcocho bajo las orugas de un *Panzer*.

A partir de aquel día, efectivamente, estuve obligado a dormir solamente en la cama, envuelto en sábanas como en un mortífero sudario, y me vi obligado a levantarme antes del alba, a lavarme, a peinarme, a vestir cada día ropas diferentes y limpias, a comer sentado y a horas fijas, a realizar beneficiosas flexiones y saludables carreras, y, como si todo eso no fuese suficiente, también me veía obligado a pasar la mañana entera y parte de la tarde en la glorieta, con una pila de libros y libretas delante, y con Oskar sentado a mi lado.

Verdad es que, durante los primeros meses, había aprendido cuánto tiempo se había tardado en construir las pirámides, qué ración de tarta le correspondía a cada niño, dónde nace el Ganges y dónde desemboca, la admirable valentía de la madre de los Gracos y por qué una pelota, rodando y rodando, al final se detiene. Había aprendido estas cosas e innumerables otras repitiendo en voz alta lo que Oskar decía, pero después, por la noche, en vez de sentirme satisfecho y feliz por todo ese saber, daba vueltas y más vueltas en la cama, inquieto como una fiera enjaulada.

Durante las lecciones, muy pronto había empezado a distraerme por cualquier nadería, por una mariposa que se paseaba sobre la mesa o por una flor de glicina que planeaba; yo me distraía, pero Oskar no se distraía ni mucho menos, no señor, seguía mirándome fijamente con sus ojos rapaces y redondos, y, tras algún minuto de silencio, usando los dedos como alicates, me pellizcaba la piel de brazos y piernas o me retorció las orejas como si fuesen manivelas.

De tal suerte, con el paso de los meses, noche y día había empezado a soñar que era un tronco centenario derribado en medio de

un bosque, que allí estaba, recubierto de líquenes y musgos, escrutando el crecimiento de hongos encima de mí y el tránsito en ordenadas hileras de docenas y docenas de gordas hormigas; en fin, soñaba ser un objeto inmóvil con todo el mundo arremolinándose a mi alrededor, porque estaba cansado de los libros y de aquella existencia, cansado como una liebre perseguida a lo largo de muchas millas.

De la distracción, durante el estudio y los ejercicios saludables, había pasado progresivamente a un sueño profundo: dormía de pie, como los caballos, o recostado en el suelo como un lirón envuelto en su propia cola. Así dormía, pero poco tiempo porque en seguida Oskar, arrojándome agua helada encima, bruscamente me devolvía al mundo de las cosas vivientes.

Además, ocurrió que cierto día Oskar, al regresar de una breve ausencia, me encontró tendido en el hoyo en vez de sumido en el estudio. Entonces se había alejado inmediatamente sin hacer comentario alguno y poco después había regresado con una carretilla repleta de algo pesado. De qué se trataba lo descubrí tan sólo algunos minutos más tarde, cuando de repente per-

cibí alrededor de las piernas y del cuerpo el flujo de un líquido denso, un río de yeso en el que estaba hundido desde la nuca hasta los zapatos.

El asunto en sí, dado que no podía terminar sino en una inmovilidad permanente, no me habría disgustado en lo más mínimo si luego Oskar, valiéndose de unas palancas y cuerdas, no me hubiese sacado fuera llevándome con la misma carretilla hasta la glorieta.

Allí las lecciones, aunque yo parecía más una estatua que un estudiante, prosiguieron regularmente todos los días, con la única diferencia de que Oskar, con intervalos de unas dos horas, me decía: «Te noto cansado...», añadiendo con una sonrisa meliflua que si lo deseaba podía ir a dormir a la fosa o a estirar un poco las piernas por ahí.

Naturalmente, nada le contesté, y también esa noche, tras haber él partido en dos mi busto de yeso con un martillo, en vez de darle las gracias o echarme a llorar, yo me había envuelto en las sábanas y había simulado un sueño tan profundo como falso.

De todas maneras, esa noche, en medio del insomnio, entre tantas imágenes había empezado a insinuarse otra: veía un papiro

alto y flexible que moría lentamente, palideciendo desde su emplumada cúspide hasta las raíces como si le faltase su manantial de agua, y, al verlo, inmediatamente comprendí con claridad que aquel papiro no era otra cosa que el símbolo de mi existencia, a esas alturas casi destruida por todas las actividades frenéticas e insulsas.

Solamente entonces comprendí hasta qué extremo era para mí indispensable hallar cuanto antes un remedio contra aquella subrepticia tiranía. Lo más sencillo hubiera sido advertir a las abuelas acerca de la peligrosidad de ese hombre: decírselo sería fácil, pero jamás me creerían porque Oskar, cada vez que ellas merodeaban por donde estábamos nosotros, me cogía del brazo cariñosamente o me revolvía el pelo diciendo: «Querido muchacho...»

Excluida la salvación por las abuelas, no me quedaba otra solución que la fuga: pero se trataba de una solución que me dejaba perplejo porque en mi situación, sin oficio ni beneficio, no sabía hacia dónde huir, salvo en busca del tío de América. Pero poco antes del amanecer, al recordar cómo las olas desgastan progresivamente los acantilados de basalto, había entendido que podía escoger una

solución parcial en vez de una definitiva, que podría, en fin, reconquistar los espacios de mi existencia anterior con la lenta progresión de movimientos imperceptibles.

Sin interponer el mucho trecho que va del dicho al hecho, había empezado a aplicar mi nuevo método esa mañana misma: efectivamente, me había levantado cuando Oskar todavía estaba durmiendo y en seguida, con pasos leves y cautelosos, me había encaminado hacia el jardín. En el prado de césped, inmóvil, con las manos en las caderas, había aspirado a pleno pulmón el húmedo y fresco aire nocturno y me había quedado allí, feliz, contemplando el quieto esplendor del jardín; lo había contemplado sin que ni por asomo me rozase la sospecha de que ésa había de ser la última vez, y que, en breve, con la misma implacable trayectoria con que las cosas caen de arriba hacia abajo, sobre mi cabeza había de abatirse una terrible catástrofe.

No lo había sospechado allí, en el prado, y tampoco un rato más tarde, cuando tras recobrar mi jabalina había empezado a lanzarla hacia el cielo. La había lanzado docenas de veces a lo largo y a lo ancho de todo el jardín, y mientras la lanzaba me ha-



bía preguntado cómo era que Oskar no aparecía por ningún lado: me lo había preguntado y en seguida lo había olvidado, había seguido corriendo y saltando con los pies empapados de rocío, y cuanto más corría y saltaba, más mi jabalina brincaba hacia arriba: tan alto, que en un par de ocasiones tuve casi la certeza de que, abriéndose paso más allá de las nubes, proseguiría su carrera para siempre.

Todo había transcurrido así de bien a lo largo de una hora o poco menos, hasta que el sol, con su luz anaranjada, intensa y ardiente, encegueciéndome, había invadido todos los rincones del jardín: en ese momento no me había detenido aunque ya no veía nada más, y tampoco me detuve cuando ante mí, entre los troncos y matorrales, me pareció percibir una sombra. Pensé que a lo sumo se trataría de algún perro vagabundo o de una ilusión óptica, hasta el momento en que mi jabalina, cortando el aire con un silbido poderoso, había desaparecido por aquel sitio.

Entonces me dirigí hacia aquella dirección para hurgar entre las hierbas y setos, y allí, mientras hurgaba bajo un pitosforo, había visto asomar sus zapatos derribados. De

pronto comprendí que la jabalina, en vez de clavarse en el suelo o en algún tronco, se había clavado en el cuerpo de Oskar.

Lo que vino a continuación no lo recuerdo en sus tiempos exactos: sólo recuerdo que poco después oí cómo un mirlo repetía reiteradas veces su canto, y, ya en la carretera, el paso estrepitoso de algunos furgones; y recuerdo que, superado el estupor, había tenido la certeza de que apenas se descubriese el cuerpo todo el mundo me habría atribuido el asesinato. No, jamás creerían lo que yo dijese: que solamente se había tratado de un despiste, de un insignificante error de trayectoria... No, no me creerían las abuelas y menos aún la policía, y de tal suerte yo, en un par de horas, pasaría de ser el heredero universal del tío Isaac a convertirme en un presidiario, un condenado a prisión perpetua, uno que tendría que pasar su existencia encerrado en un cubil sin ver jamás el resplandor nocturno de las estrellas ni elevarse cada día el sol para después desaparecer tras el límite extremo del horizonte.

Ante la idea de ese inglorioso final me había estremecido como una liebre, y, también como una liebre, me había lanzado a la carre-

ra hacia la verja de la villa y después a lo largo de la carretera: había corrido velozmente, echando los brazos hacia atrás y levantando las rodillas hasta la altura del mentón, hasta que, sin darme cuenta, había entrado en la estación del ferrocarril y, con un brinco, había subido al primer tren que estaba por salir.